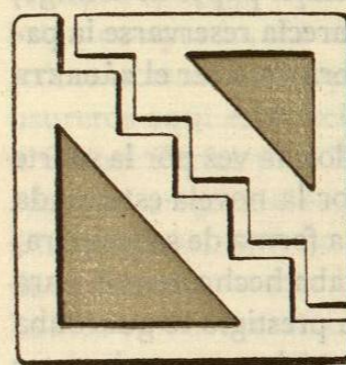


EL HOMBRE DE GOBIERNO



CUANDO Juárez llegó a Méjico, la situación era pavorosa. Dos grandes sombras entoldaban el cielo : las frases apocalípticas y sibilinas no vendrían mal para pintar aquella conjunción siniestra; era el día del juicio final de la Patria, el que trompeteaban desde los cuatro vientos los profetas de infortunio; todos, amigos y enemigos, salmodiaban nuestro **DIES IRAE**. Eran las dos sombras la invasión de los norteamericanos y la invasión de Santa Anna. Con esas dos obscuridades se cerraba de negro

el horizonte. ¿Quién traía á ese hombre? ¿Venía á intentar como Iturbide una aventura? No; venía llamado «**POR EL VOTO UNÁNIME DE MIS CONCIUDADANOS**», como decía á boca llena; la nación política lo llamaba, el partido liberal lo había recordado, lo aclamaba; su vuelta, sin embargo, no era una reminiscencia, era una reincidencia, pero no suya, sino de los liberales. Todos, casi todos, sufrían el acceso de ceguera cívica que algunos han dado en la flor de reprochar á Juárez.

En 1844 escribía el gran repúblico Don Valentín Gómez Farías á uno de sus pares (el Dr. Mora) : «no es fácil imaginarse los males que ha causado la administración de Santa Anna; en tiempo de Bustamante todo iba mal; ahora todo ha empeorado. Los vicios del despotismo y los males de la corrupción aparecen por todas partes. Los agentes del tirano que para oprobio y confusión nuestra gobierna nuestra Patria, son por lo común hombres depravados y tan viles que no tienen valor ni aun para levantar la cabeza delante de su amo; mientras éste

come, seis ayudantes de alta graduación están de pie tras él esperando sus órdenes, y cuando se presenta en público lo hace con la ostentación de un monarca. Viniendo una vez de su hacienda para Veracruz salió á recibirlo el obispo Pardo que le besó la mano inclinando la rodilla. La aristocracia sacerdotal está degradada, la militar también y personas opulentas que podían vivir lejos de este malvado se le acercan, lo adulan y sirven como esclavos.» Tres años después Gómez Farías escribía á la misma persona : «El General Santa Anna desde su destierro me escribió manifestándome un deseo ardiente de salvar á nuestra Patria amenazada y tan de cerca por sus enemigos exteriores é interiores. Entablamos con este fin una correspondencia en la que cada vez me daba más pruebas de su lealtad y patriotismo. Unidos íntimamente á consecuencia de esto, me dirigí á mis numerosos amigos en los departamentos y el General Santa Anna hizo otro tanto con los militares previniéndoles que se pusieran enteramente á mis órdenes. Con estos elementos inicié la revolución en Jalisco y pronto fué secundado el grito dado ahí en otros puntos. Por último el día 4 del presente (Agosto de 46) se verificó el movimiento en esta capital poniéndose al frente el General Salas. Dos días bastaron para consumir la obra, y el General Santa Anna LLAMADO EXPRESAMENTE POR UN ARTÍCULO QUE PUSE EN EL PLAN, ha llegado ya á Veracruz...» (1)

¿Qué dosis de poder magnético tenía ese hombre para avasallar con una sonrisa á sus implacables enemigos de ayer? ¿Por qué á pesar de tanta mentira, de tanta traición, de tamañas perfidias, el General Santa Anna hacía el papel de esfinge, parecía que no había dicho todo lo que tenía que decir, parecía reservarse la palabra definitiva que lo revelase entero, parecía que esa palabra iba á ser el «ÁBRETE SÉSAMO» de lo porvenir?

Lo que sucedía era que aquel hombre exaltado y debelado á la vez por la suerte y que renacía más poderoso de sus caídas, por su vida, por la novela estupenda de su vida, por la leyenda de su heroísmo, por el tono y la forma de su palabra, hasta por sus vicios (los gallos, la baraja, las mujeres) estaba hecho *AD HOC* para imperar en el corazón de los soldados y de las plebes. Ese prestigio lo guardaba intacto; la multitud creía que había UNA ESTRELLA de Santa Anna; sus derrotas aparecían á los ojos de muchos como victorias... De todo esto, la inviolabilidad de su prestigio...

En aquellos años terribles de 46 y 47 todos sentían la necesidad de unión intensa, de concentración heroica de esfuerzos, y los liberales triunfantes recurrían, sin embargo, Á LA FEDERACIÓN. Era necesario; era la bandera, era la fatalidad del partido liberal; esto dispersaba recursos, pero ¿qué hacer? Aquéllos eran precisamente los momentos en que debía resonar el *CAVEANT CONSULES* y ser forjado un dictador; un dictador probo como es duro el hierro y enérgico é inquebrantable como el hierro. En lugar de eso se habían forjado legislaturas, gobernadores, guardias nacionales; aquí y allí los focos de patriotismo ardían espaciados como fogatas de campamento desamparado, pero la masa vibraba poco; el pánico aparecía en los extremos como Yucatán que, aterrado ante la necesidad suprema

(1) Estas cartas pertenecen á la preciosa colección de documentos que posee el Lic. Don Genaro García, quien, con una amabilidad que agradezco de veras, se sirvió facilitármelas.

de vivir defendiendo el cráneo del machete del maya y la imposibilidad de contribuir á la defensa de la Patria, abandonaba á ésta impíamente y poco después se sentía dejada por todos, excepto por esa Patria que había desconocido en un día de ofuscación y de muerte. No, la masa no se estremecía, ni el sentimiento religioso explotado contra los herejes YANKEES la hacía palpar de odio; como en tiempo de la conquista, el sedimento indígena que formaba la base de nuestra geología social yacía inerte, hogaño como antaño, ENTREGADO AL DESTINO; en cuanto al elemento no indígena, también de abolengo fatalista, había querido hacer, pero nada hacía, nada ha hecho nunca.

Por eso Santa Anna era una esperanza, era la única esperanza; él sí podía hacer ponerse de pie al pueblo á donde su acción llegara; él sí podía empujar al combate á los oficiales que tenían, con excepciones por supuesto, no la cobardía de los hombres que sienten miedo de otros hombres, porque esa no la tuvieron nunca, ni es defecto mejicano, sino la que proviene de la convicción de que el sacrificio era inútil, completamente inútil. Si Santa Anna lograba que el oficial se batiera, el soldado indefectiblemente se batiría. Y no era esto todo, casi esto era lo menos. Lo más era el problema financiero. ¿Dónde estaban los recursos para la guerra?

Una voz unánime clamaba : un empréstito interior, un préstamo más ó menos forzoso en el interior; de fuera no vendría ni un solo centavo. Se habría podido vender Tejas, ¿por qué no? pero nunca á los americanos; nadie sino ellos la habrían comprado, sin embargo; de Europa no nos vendría un solo centavo. Mas, ¿cómo obtener ese empréstito negociado á *FORTIORI* con los terratenientes y los usureros aquí establecidos? Con una sola garantía efectiva : los bienes del clero.

Gómez Farías y los Reformistas no habían hecho la revolución con otro objeto. Jugaban un gran albur, pero era el albur que les tocaba jugar. Desarmar al clero, desamortizar, no bajo el pretexto, sino por la necesidad de salvaguardar la vida de la Patria, era una formidablemente trascendental medida política; no habría habido otra ni más hábil, ni más patriótica, ni más progresista en nuestra historia; era la honra de la Patria asegurada y al par la Reforma tornada indirectamente en un hecho irreparable. Era el desarme de una clase para armar á la Nación.

Los radicales no podían vacilar, hicieron bien; pero eran pocos : algunos liberales moderados, trémulos ante tamaña audacia, obstruían todo, se detenían ante todo; ellos eran, sin embargo, la crema social, los más cuerdos, los más sensatos del partido; ligados con la alta burguesía mejicana, de que muchos formaban parte, procuraban dar á su deseo de despojar á la Iglesia, todas las formas posibles del respeto, de la consideración, de la necesidad. Muchos de ellos eran tan descreídos y tan enciclopedistas como los exaltados; pero disfrazaban bajo mil formas su impiedad fundamental; otros no, otros eran católicos muy sinceros, pero deploraban los abusos de los servidores del altar y creían que el Estado debía interesarse en aplicar el cauterio. Cosa singular; el jefe del gabinete de Gómez Farías era un moderado : Don Fernando Ramírez. Esta mayoría del partido constituyó la derecha del grupo liberal : fué ya bien caracterizado, un partido de moderados; el partido moderado era un eufemismo.

¶ El extremo izquierdo de esta agrupación era el revolucionario, compuesto de audaces, de revoltosos de oficio, de gente que tenía poco que perder, y también de patriotas, de ilusos (por tal tenían muchos á Gómez Farías), de deseadores anhelosos de la reforma, de la rápida transformación social del país. Este partido se llamaba de los PUROS; y la verdad es que á casi todos ellos los veía ó con odio, ó á los desconocidos, como Juárez, con desdén, la parte DECENTE de la sociedad aun sojuzgada por la Iglesia con férrea dominación.

¶ Era seguro que toda tentativa de despojar á la Iglesia de sus bienes, aun cuando fuera para dar de comer á nuestros soldados hambrientos y desarmados frente á la invasión americana, iba á encontrar la resistencia de toda la sociedad, de todos los Estados, de todas las clases. Pero no había, lo repetimos, otro recurso y bien se vió después; el clero había contribuído pero gota á gota, exprimiendo siempre, protestando siempre, escatimando céntimo por céntimo. Lo que se necesitaba no era cubrir el expediente de hoy, para hallarse con una necesidad mayor mañana; era preciso tener asegurados los gastos de la campaña, y aunque no era perfectamente seguro poder reducir á numerario los bienes del clero, sí se podía sacar por lo menos diez millones tomando el doble, el triple, el cuádruplo en valores nominales, lo que habría equivalido á incautarse de todos los bienes de la Iglesia; la propiedad desamortizada habría desaparecido entonces y es incalculable la trascendencia que esto hubiera tenido en nuestra lucha nacional, en nuestro ser económico, en nuestra vida política; el tratado de Guadalupe habría sido menos cruel, la indemnización, mucho mayor; no habría habido guerra de Reforma, ni intervención, ni Imperio probablemente, y la paz de los ferrocarriles habría comenzado con el fin de la guerra de secesión americana.

¶ Pero para llegar á tamaño resultado, para desenlazar el rápido drama que Gómez Farías y los PUROS habían concebido con un patriotismo igual á su audacia, se necesitaba de un DEUS EX MACHINA, de un hombre que significara la fuerza, el ejército: el hombre era Santa Anna. Buscar en otra causa que en ésta la explicación de la alianza de los liberales con los partidarios de Santa Anna, ó del santannismo de los PUROS, es insensato.

¶ Y efectivamente, el plan apuntaba muy bien; impuesto de los proyectos de Gómez Farías, teniendo en el gabinete, en el ramo de Guerra, á su estafermo el General Canalizo, Santa Anna dejaba al vicepresidente toda la responsabilidad, toda la odiosidad de las medidas de exacción y despojo, como decían de consuno clericales y moderados y aun algunos PUROS pacatos; él lo aprovecharía todo. El olor de los millones atraía al desapoderado condotiero como al ogro el de la carne fresca, y además tenía la convicción, y así lo manifestó á todo el mundo, de que no había otro camino para obtener recursos. Gómez Farías, fuerte con este apoyo, se fué de frente con una cortísima mayoría que se esforzó hábilmente en esconderse toda bajo el nombre de Santa Anna, y dió el golpe en los primeros días del año de 47, EL AÑO TERRIBLE.

¶ Las circunstancias eran cada vez más premiosas; los invasores amenazaban á un tiempo por el Oriente, donde ocupaban ya la zona marítima entre Veracruz y Tampico, y por el Norte, en donde después de una cacareada pseudovictoria

de Santa Anna sobre Taylor, el ejército, derrotado más bien que por el enemigo por la absoluta impericia de nuestros generales y por la espantosa falta de recursos, se replegaba, presa del pánico, á San Luis Potosí, mermado é incapaz de someterse de nuevo á la disciplina. El clero aprovechaba todo esto para oponer una resistencia que ya no era sorda ni disimulada sino ostensible y hasta majestuosa, á las medidas de salvación suprema que el Gobierno había creído necesario adoptar. En estos días llevó la voz de la Iglesia mejicana un hombre de gran talento é ilustración, el Señor Portugal, Obispo de Michoacán; su palabra resonó como la de los Gregorio y Bonifacio en la Edad Media, en su lucha contra los monarcas alemanes y franceses; la supremacía del poder espiritual sobre el poder temporal era aclamada con fórmulas que parecían resucitadas de tiempos muertos ya; pero esto produjo el resultado que era de esperarse: el grupo sensato, el partido liberal moderado conducido por Otero, compuesto de hombres celosos por la supremacía del poder civil y educados en las doctrinas regalistas, comprendiendo el peligro, después de haber combatido la ley, se unió al Gobierno para luchar contra la Iglesia armada con la espada de la guerra civil. Ésta era inminente; puede decirse que la sociedad entera, que el pueblo todo, que grandes grupos del mundo femenino mejicano ponían en manos de la burguesía organizada en batallones de guardias nacionales la bandera de la revuelta. Era esto un desastre espantoso, una vergüenza inexpiable ante el invasor que amenazaba arrollar nuestras débiles fuerzas; pero se trataba de asuntos del alma, de deberes superiores al hombre cristiano sobre el hombre mejicano, y aquellos á quienes se había confiado la defensa de la nación prefirieron salvar los bienes del clero á la integridad del territorio y á la honra de la Patria. Tal fué en su espíritu la rebelión de los batallones de las Milicias Nacionales, la conocida con el nombre de «Guerra de los Polkos». El triunfo del Gobierno, á pesar del admirable tesón que Gómez Farías había puesto en la aplicación de la ley, era dudoso; el único que habría podido inclinar del lado de los PUROS la balanza era Santa Anna poniendo su espada en uno de los platillos. No es enteramente justo culparle por haberse colocado del lado de los rebeldes; su instinto, la convicción de que su prestigio, su gloria de similor tenía por elementos principales la ciega devoción del soldado y la admiración inconsciente del populacho, le hacían temer, le hicieron temer siempre el divorcio entre él y la popularidad. No pudo desconocer que la ley de Enero, que rompía las arcas de la Iglesia para fundir cañones, era terriblemente impopular; se habría necesitado que su alma de sibarita hubiese tenido el temple de la de César para pasar por el Rubicón de este temor. Rápidamente se desdijo de todas sus manifestaciones en favor de la política de los puros, creyendo acaso que los millones que dejaba á la Iglesia, ésta se los devolvería en un arranque de gratitud; hizo á un lado el partido que hasta entonces se había deshonrado adoptando su nombre como razón social, é inauguró un gobierno puramente militar sobre la base de un concordato íntimo con la Iglesia que, naturalmente, no dió sino una ínfima parte de lo que de ella se esperaba.

¶ La diputación de Oajaca casi dispersa en aquellos momentos de conflicto, con-